

LAS
PARÁBOLAS
DE JESÚS

JAMES MONTGOMERY BOICE



**EDITORIAL
PORTAVOZ**

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Parables of Jesus*, © 1983 por James Montgomery Boice, y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Las parábolas de Jesús*, © 2017 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

La traducción fue cedida por Editorial Patmos, y revisada y actualizada por Natalia Carrá.

Diseño de portada: Dogo Creativo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “RVR-95” ha sido tomado de la versión Reina-Valera 1995, Reina-Valera 95° © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “DHH” ha sido tomado de versión *Dios Habla Hoy*, © 1966, 1970, 1979, 1983, 1996 por Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5734-0 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6625-0 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8780-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 26 25 24 23 22 21 20 19 18 17

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

A AQUEL
que abrió en parábolas su boca
y declaró cosas escondidas
desde la fundación del mundo.

Contenido

Prólogo	7
Parábolas del reino	
1. La semilla y la tierra (Mt. 13:1-23)	13
2. El trabajo del enemigo (Mt. 13:24-43)	23
3. La gente del reino (Mt. 13:44-46)	33
4. El reino de Dios consumado (Mt. 13:47-52)	43
Parábolas de la salvación	
5. Una oveja perdida, una moneda perdida, un hijo perdido (Lc. 15:1-32)	55
6. Obreros en la viña (Mt. 20:1-16)	67
7. La fiesta de bodas (Mt. 22:1-14)	77
8. La puerta angosta de la salvación (Lc. 13:22-30)	89
9. El fariseo y el publicano (Lc. 18:9-14)	99
Parábolas de la sabiduría y la insensatez	
10. Cinco mujeres insensatas y sus amigas (Mt. 25:1-13)	111
11. El rico necio (Lc. 12:13-21)	121
12. El mayordomo infiel (Lc. 16:1-9)	131
13. Constructores sabios e insensatos (Lc. 6:46-49)	141
Parábolas de la vida cristiana	
14. Historia de dos hijos (Mt. 21:28-32)	155
15. Dos historias acerca de lámparas (Lc. 8:16-18; 11:33-36)	165
16. El buen samaritano (Lc. 10:25-37)	175
17. La importancia de no rendirse (Lc. 11:5-13; 18:1-8)	187
18. Sobre estar agradecido (Lc. 7:36-50)	199
Parábolas del juicio	
19. El fin miserable de un hombre miserable (Mt. 18:21-35)	213
20. Los labradores malvados (Mt. 21:33-46)	223
21. Siervos inútiles y cabritos inútiles (Mt. 25:14-46)	235
22. El hombre rico y Lázaro (Lc. 16:19-31)	245

Prólogo

Cuando comencé a predicar sobre las parábolas de Jesús en la Décima Iglesia Presbiteriana, en el invierno de 1980-81, no tenía la menor intención de reducir los sermones a forma escrita. Todo lo contrario, había vivido un año difícil en la iglesia y buscaba una serie de sermones que se pudiera preparar y predicar sin cantidades extraordinarias de trabajo adicional y que, luego, pudiera olvidarse. Sin embargo, me encontré embelesado por las parábolas y con muchos deseos de tratarlas de la manera más exhaustiva posible.

También encontré que otros eran bendecidos por ellas. Un hombre joven había estado presente en los cultos matutinos y vespertinos durante años. Se había criado en una iglesia y se había hecho miembro de nuestra congregación tiempo atrás, cuando dio una profesión creíble de fe. Pero mientras escuchaba las exposiciones, comenzó a sentir que, a pesar de su profesión de fe, no todo estaba bien con su alma. Sabía las doctrinas correctas y podía decir las palabras correctas, pero no se había producido ningún cambio importante en su vida. Un domingo por la noche, después de la exposición de una de las parábolas de salvación, la esposa de uno de mis asistentes le preguntó si había dedicado su vida al Señor Jesucristo y si realmente había nacido de nuevo. Cuando respondió que no a ambas preguntas, ella tuvo la oportunidad de conducirlo a una fe personal.

Eso es lo que hacen las parábolas de Jesús, tal vez más que cualquier porción comparable de las Escrituras. Otras secciones de

la Biblia nos dan teología elevada. Algunas nos hacen responder con gratitud a Dios. Pero las parábolas van más allá de las simples palabras y nos hacen preguntar si, efectivamente, se ha producido algún cambio en nuestra vida. ¿No es eso lo que debíamos esperar, puesto que las parábolas vienen de la boca de Jesús? Él, mejor que nadie, podía penetrar las fachadas y llegar a la realidad.

Hasta donde sé, nadie ha agrupado las parábolas exactamente como lo he hecho yo. No sugiero que mi arreglo sea lo mejor, pero mientras trabajaba con las historias del Señor, me pareció que se podían agrupar de manera coherente en cinco divisiones:

1. Parábolas del reino
2. Parábolas de la salvación
3. Parábolas de la sabiduría y la insensatez
4. Parábolas de la vida cristiana
5. Parábolas del juicio

No sorprende que esas también sean agrupaciones naturales de las demás enseñanzas de nuestro Señor. Me parecía, además, que algunas de las historias se tratarían mejor juntas en un mensaje, y no como estudios separados. Así que he agrupado tres parábolas juntas en el capítulo 2 y dos en el capítulo 3. El capítulo 5 contiene tres parábolas que obviamente están relacionadas. Los capítulos 15, 17 y 21 también tratan sobre dos parábolas cada uno. Después de reunir el material, descubrí que cada agrupación contiene, por lo menos, una de las parábolas más conocidas y más queridas.

En el prólogo de cada uno de mis libros, me gusta agradecer a la congregación de la Décima Iglesia Presbiteriana que, amable y generosamente, me permite pasar gran parte de mi tiempo preparando sermones y escribiendo. Eso quiere decir que hay menos tiempo para visitar y aconsejar, pero, por lo general, ellos están contentos con este arreglo. También quisiera agradecer a mi secretaria Caecilie M. Foelster, que trabaja conmigo en cada etapa de preparación de los sermones que serán publicados. Sin su rapidez

Prólogo

y pericia, yo no habría podido producir la cantidad de libros que he producido en los últimos quince años.

La dedicatoria de este libro es “a aquel que abrió en parábolas su boca y declaró cosas escondidas desde la fundación del mundo”. Esas palabras vienen del Salmo 78:2 y se citan en Mateo 13:35 con referencia a la manera en que Jesús las cumplió mediante su enseñanza en parábolas. Descubrí algunas de esas cosas escondidas mientras preparaba estos estudios. Espero que suceda lo mismo con aquellos que lean estos capítulos.

*Parábolas
del reino*

1

La semilla y la tierra

Mateo 13:1-23

Aquel día salió Jesús de la casa y se sentó junto al mar. Y se le juntó mucha gente; y entrando él en la barca, se sentó, y toda la gente estaba en la playa. Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos para oír, oiga.

Una de mis hijas ha estado cantando una canción acerca de Jesús, que dice: “Jesús era un hombre que contaba cuentos”. La primera vez que oí ese verso, me pareció un poco burlón, como lo son tantas canciones cristianas contemporáneas. Pero al meditarlo, me di cuenta de que contiene una verdad real: aunque Jesús era mucho más que un narrador de cuentos, como mínimo era eso, y

como resultado, la gente de su tiempo se apiñaba en torno a Él y lo escuchaba de buena gana (Mr. 12:37).

Las palabras de Cristo siempre eran pintorescas. Él hablaba de camellos que se arrastraban por el ojo de una aguja (Mt. 19:24), de personas que trataban de sacar pajas del ojo de otro cuando una viga estaba en su propio ojo (Mt. 7:5). Se refería a una casa dividida contra sí misma, destinada a derrumbarse (Mr. 3:25) o a echar el pan de los hijos a los perros (Mr. 7:27). Previno contra la “levadura” de los fariseos (Mr. 8:15). Pero en rigor, esos no son cuentos. Los cuentos que Jesús contaba se pueden clasificar en una categoría particular de historia que se conoce como *parábola*. Una parábola es una historia tomada de la vida real (o una situación de la vida real) de la cual se saca una verdad moral o espiritual. Son muchos los ejemplos: el hijo pródigo (Lc. 15:11-32), el buen samaritano (Lc. 10:25-37), el fariseo y el publicano (Lc. 18:9-14), la fiesta de boda (Mt. 22:1-14; Lc. 14:15-24), las ovejas y los cabritos (Mt. 25:31-46), y otras, entre ellas las parábolas del reino que ocuparán nuestra atención en este primer grupo de estudios. Según mi recuento, hay unas veintisiete parábolas, aunque algunas están muy relacionadas y pueden ser simplemente versiones diferentes de la misma historia.

Las parábolas se distinguen de las fábulas en que una fábula no es una situación real. Un ejemplo de una fábula es cualquiera de los cuentos de Esopo, en los que hablan animales. En esos cuentos, los animales son simplemente personas disfrazadas. Las parábolas también se distinguen de las alegorías, ya que en una alegoría todos los detalles, o casi todos, tienen significado. Las *Crónicas de Narnia*, por C. S. Lewis, son esencialmente alegorías. En las parábolas de Jesús, no todo detalle tiene significado. En efecto, tratar de imponer significado a cada uno puede producir doctrinas extrañas e, incluso, doctrinas cuya falsedad es demostrable. Las parábolas son simplemente historias de la vida real, de las cuales se sacan una o tal vez unas cuantas verdades básicas.

PARÁBOLAS DEL REINO

Si una persona comenzara a leer el Nuevo Testamento en la primera página (Mt. 1:1) y leyera consecutivamente, leería buen rato antes de encontrar este elemento importante de la enseñanza de nuestro Señor. En realidad, tendría que leer una cuarta parte del Evangelio de Mateo, capítulos 1—12, antes de encontrarse con tan siquiera la primera de las parábolas. Pero, con el capítulo 13, eso cambia repentinamente: aquí quedan registradas no una, sino *siete* parábolas. Tienen un tema, el reino de Dios, y por tanto se llaman las “parábolas del reino”.

No es una casualidad que estas sean las primeras parábolas que se encuentran. A veces se dice que el Evangelio de Mateo presenta al Señor Jesucristo como “rey de Israel”, así como Marcos lo presenta como el “Hijo del hombre”, y Lucas, como el “siervo”. Pero sin importar si le damos a Mateo ese énfasis temático, no hay ninguna duda de que la proclamación del reino por Cristo es un tema importante de este Evangelio. El primer versículo presenta a Jesús como el “hijo de David”, el rey más grande de Israel. Se dice que el precursor de Jesús, Juan el Bautista, vino predicando “el reino de los cielos” (Mt. 3:2). Jesús mismo usó eso como el primer tema de su ministerio itinerante (Mt. 4:17). Algunos consideran el Sermón del Monte (Mt. 5—7) la ética del reino; los milagros de los capítulos 8—12 demuestran el poder del reino. Puesto que ese es el primer énfasis de Mateo, no debe sorprendernos que las primeras parábolas desarrollen ese tema.

Tampoco es una casualidad que las parábolas sean presentadas en el orden en el que las tenemos, aunque hay diferencias en los métodos de agrupar las siete historias. La división más obvia es en dos grupos de cuatro y tres, respectivamente. En las cuatro primeras (el sembrador y la semilla, el enemigo que siembra cizaña, la semilla de mostaza, la levadura), Jesús habla ante las multitudes. La tres últimas (las parábolas del tesoro escondido, la perla preciosa, la red)

LAS PARÁBOLAS DE JESÚS

se narran solamente ante los discípulos. Algunos han agrupado las parábolas en pares: (1) las parábolas de sembrar y cosechar, (2) las parábolas de la semilla de mostaza y la levadura, (3) las parábolas que hacen hincapié en el valor del reino: el tesoro y la perla, y (4) la parábola de la red.

Ambas clasificaciones sugieren un proceso de desarrollo, pero prefiero un tercer sistema de clasificación. A mi parecer, la primera parábola es única, ya que trata sobre el origen del reino. Las próximas tres van juntas, ya que (como espero demostrar) representan el deseo de Satanás de frustrar el crecimiento del reino. Las parábolas cinco y seis van juntas y muestran la actitud de aquellos que, con mucha energía, buscan el reino a pesar de las artimañas de Satanás. La última parábola, la red, muestra la consumación del reino. Juntas, las historias muestran la naturaleza, el origen, los estorbos y la victoria de la obra de Cristo de difundir su evangelio por medio de sus mensajeros entre los días de su primera venida y su regreso.

LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

La primera parábola es ideal como punto de partida, ya que —lógicamente— trata sobre los comienzos u orígenes del reino. Aquí se compara este con un agricultor que siembra semilla: “el sembrador salió a sembrar” (Mt. 13:3-9). No se dan explicaciones de todas las parábolas de Cristo. De hecho, no se dan explicaciones de la mayor parte de ellas. Pero de esta sí se da una explicación (vv. 18-23), y la explicación que Jesús da es nuestro punto de partida. La semilla es el evangelio del reino, y la tierra es el corazón humano (v. 19). Lo que se enfatiza son las distintas clases de corazones y cómo rechazan o reciben el mensaje de Cristo.

El primer tipo de tierra representa el *corazón duro*, del cual hay muchos hoy día, así como en tiempos de Cristo. Se describe este corazón como la tierra junto al camino (v. 4). Tal tierra ha sido pisoteada por los muchos pies que han pasado por ahí durante décadas. Puesto que la tierra es dura, la semilla que cae allí

simplemente se queda en el camino y no se hunde, y las aves (que Cristo compara con el diablo o los trabajadores del diablo) pronto la arrebatan. ¿Qué es lo que hace duro al corazón humano? Solo puede haber una respuesta: el pecado. El pecado endurece al corazón, y el corazón que se endurece peca aún más.

Se describe esa clase de persona en el primer capítulo de Romanos. Tal individuo comienza reprimiendo la verdad acerca de Dios, que se puede conocer a partir de la naturaleza (vv. 18-20), se sume inevitablemente en ignorancia espiritual y degradación moral (vv. 21-31), y finalmente llega no solo a practicar los pecados de los paganos, sino también a *dar su aprobación* a ellos (v. 32). Aquí vemos ambas mitades del círculo: el pecado conduce al rechazo de Dios y de su verdad, y el rechazo de su verdad conduce a pecados aun más graves. ¿Qué lleva a una persona a rechazar la verdad de Dios? Según Pablo, es una decidida oposición a la naturaleza de Dios mismo, que el apóstol describe como la “impiedad e injusticia de los hombres” (Ro. 1:18).

Prácticamente todos los atributos de Dios —ya sea la soberanía, la santidad, la omnisciencia, la inmutabilidad, o incluso el amor divino— son ofensivos al hombre natural, si se entienden de manera correcta. Por lo tanto, en vez de arrepentirse del pecado y buscar misericordia volviéndose a un Dios que es totalmente soberano, santo, sabio e inmutable, los hombres y las mujeres reprimen el conocimiento que tienen y se niegan a buscar ese conocimiento adicional que podría constituir la salvación de sus almas.

Hace poco, escuché una conversación entre dos mujeres:

—¿Por qué está nuestro país en una condición moral decadente hoy día?

Su amiga contestó:

—Porque la gente ama el pecado.

No se me ocurre nada más profundo que eso. Ese es el mensaje de Romanos 1 en pocas palabras. *La gente ama el pecado*. El pecado endurece su corazón. Por tanto, no quieren recibir el evangelio del reino de Dios cuando se les predica.

La oposición del corazón no regenerado a la soberanía de Dios es particularmente evidente en estas parábolas del reino, porque reino significa *dominio*, y el dominio es igual a la soberanía. Cuando Jesús vino predicando el reino de Dios, vino predicando el derecho de Dios de reinar sobre la mente y el corazón de todas las personas. Pero eso es precisamente lo que no quería la gente. Adán no lo quería. Él tenía gran libertad, pero le ofendía la restricción irrazonable y arbitraria (a su criterio) de Dios en el caso del árbol del conocimiento del bien y del mal. Si Dios ejercía su soberanía en ese punto, Adán se rebelaría. Y lo hizo. Así cayó llevando consigo a la raza humana. Ese espíritu de rebelión contra el soberano Dios se desarrolla en la historia, hasta que, por fin, el Señor Jesucristo mismo viene a la tierra, y la reacción de su pueblo es: “No queremos que este reine sobre nosotros”.

Así es también hoy día. Esa es probablemente la mayor razón del rechazo del evangelio de la gracia de Dios en Jesucristo, en este o en cualquier otro tiempo de la historia. Oí hablar de un hombre que dijo: “Creo que Jesús es el Hijo de Dios y que murió por los pecadores. Pero supongo que simplemente no quiero darle mi vida. Quiero tomar mis propias decisiones”.

El segundo tipo de tierra representa el *corazón superficial*. Jesús la describió como tierra que cubre suelo pedregoso. Cuando la semilla caía ahí, se hundía, pero solo hasta una profundidad mínima. Brotaba rápidamente, pero también se marchitaba rápidamente al calor del sol, porque no tenía raíces. Después, Jesús describió a aquella persona: “Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza” (vv. 20-21).

Mucha gente encaja con esa descripción. Los vemos en nuestras pujantes iglesias evangélicas. Sus corazones superficiales son atraídos al gozo y la emoción de una iglesia donde hay mucha actividad. Oyen el evangelio y parecen congeniar con los demás. Muchos hasta hacen una profesión de fe. Pero cuando viene algu-

na dificultad —pérdida de un trabajo, malentendidos con otros cristianos, enfermedad, o aun una relación sentimental frustrada— fallan tan bruscamente como antes parecían abrazar la fe, porque en realidad nunca nacieron de nuevo.

Hace poco reparé en un caso extremo. Los periódicos informaron sobre la captura en Lakeland, Florida, de un hombre llamado Joseph Paul Franklin. Lo buscaban para interrogarlo acerca de una serie de fusilamientos que duró un año en Salt Lake City (Utah), Johnstown (Pensilvania), Fort Wayne (Indiana), Cincinnati (Ohio), Minneapolis (Minnesota) y Oklahoma City (Oklahoma). Había sido criado en un hogar malo, había abandonado los estudios a los diecisiete años y empezó a meterse en líos, por lo que fue detenido varias veces por llevar armas escondidas y por alteración del orden público. Pero luego, como una revista señaló al analizar su vida anterior, “se hizo cristiano evangélico”.¹ Después se volvió nazi y luego miembro del Ku Klux Klan. En cierto momento, les dijo a sus amigos que iba a alistarse en el ejército rodesiano de Ian Smith.

Había estado leyendo esa nota con un mínimo de interés, pero cuando llegué a la línea que decía que había sido “cristiano evangélico”, comencé a prestar más atención. Me pregunté por qué se había incluido eso y si era simplemente un intento más de desacreditar el cristianismo legítimo. Creo que no; Franklin en realidad había pasado por el cristianismo como una etapa en su desarrollo retorcido, y la revista solo informaba sobre ese hecho con imparcialidad. La tragedia no es que se informe sobre tal cosa, sino que haya demasiados de la categoría de Franklin dentro de nuestras iglesias. Tan solo estar en la iglesia, repitiendo las cosas que uno oye decir a los demás, no lo hace cristiano. Usted puede tener un corazón superficial. Usted puede ser una tierra pedregosa.

El tercer tipo de tierra representa el *corazón ahogado*, ahogado por las cosas. El Señor describe esas cosas como espinos: “El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán

1. *Time* (10 noviembre 1980), p. 22.

de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (v. 22). No hace falta que yo señale cuántas vidas son ahogadas por las riquezas hoy día. Era cierto incluso en los tiempos de Jesús; sabemos eso por las muchas advertencias de nuestro Señor contra las riquezas: “Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos” (Mt. 19:23); “Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mr. 10:25); “Mas ¡ay de vosotros, ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo” (Lc. 6:24).

En una oportunidad, un joven rico se apartó con tristeza de Jesús, porque le había dicho que vendiera todo lo que tenía y lo diera a los pobres, y él no estaba dispuesto a hacerlo (Lc. 18:23). Pero si eso era cierto en tiempos de Jesús entre gente que nosotros consideraríamos, por lo general muy, muy pobres, cuánto más cierto es en nuestro tiempo. Cuánto más ahogados estamos con riquezas —los que tenemos autos, y casas, y lanchas, y cuentas bancarias y todos los artefactos modernos de nuestra cultura materialista.

También esto es cierto: las riquezas no ahogan a una persona de un golpe. Es un proceso gradual. Como la cizaña en la parábola de Cristo, las riquezas crecen de manera paulatina. Lentamente, muy lentamente, ahogan los brotes de la vida espiritual interior. Cuídese de eso si ya tiene posesiones o va tan campante adquiriéndolas. Sobre todo, tenga cuidado si está diciendo: “Necesito asegurarme el bienestar ahora. Pensaré en cosas espirituales cuando sea mayor”. Jesús previno contra eso en otra historia acerca de un hombre cuyos campos produjeron una cosecha tan buena que derribó sus graneros y construyó unos más grandes, diciendo para sus adentros: “Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate”. Las palabras de Jesús fueron: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” (Lc. 12:16-21).

El último tipo de tierra es aquel para el cual toda la parábola ha preparado el terreno. Es el *corazón abierto*, el corazón que recibe el evangelio como la tierra buena recibe la semilla. Esa tierra da una

buena cosecha, “y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno” (v. 23). Aquí se podrían hacer varias observaciones secundarias. Podríamos mostrar que la única prueba segura de la aceptación genuina de la Palabra de Dios en la vida de una persona es la producción de fruto espiritual. Podríamos mostrar que la presencia del fruto es lo importante, no la cantidad (por lo menos en la mayoría de los casos). Pero esos puntos son menos importantes que el punto principal: solo el corazón abierto recibe el beneficio de la predicación del evangelio y es salvo.

¿Su corazón es un corazón abierto? ¿Está usted abierto a la verdad de Dios? ¿Permite que esta se arraigue en su vida y su pensamiento de manera que lo aparte del pecado, dirija su fe a Jesús y produzca el fruto del Espíritu Santo? Quizá usted diga: “Me temo que no. Ojalá mi corazón fuera así, pero me temo que es duro o superficial, o se ahoga con los bienes de este mundo. ¿Qué puedo hacer?”.

La respuesta es que no puede hacer nada, como tampoco la tierra puede cambiar su naturaleza. Pero aunque usted no puede hacer nada, hay uno que sí puede: el Jardinero divino. Él puede aflojar la tierra dura, arrancar las piedras y sacar los espinos. Esa es la esperanza que usted puede tener: el Jardinero, no usted mismo. Fíjese en lo que dice por medio del profeta Ezequiel, quien escribió a los duros de corazón de su tiempo. “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ez. 36:25-27).

Me acuerdo de ese joven rico que se apartó con tristeza de Jesús. Después que Él había comentado lo difícil que era que los ricos entraran en el reino de Dios, los discípulos le preguntaron: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?”. Reconocieron las dimensiones del problema.

LAS PARÁBOLAS DE JESÚS

Jesús respondió: “Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios” (Lc. 18:26-27). En otras palabras, “para Dios todo es posible” (Mt. 19:26). ¡Y lo es! Es posible para *usted*. Venga a Cristo y permita que le dé un corazón que reciba el evangelio.

2

El trabajo del enemigo

Mateo 13:24-43

Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Fueron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega, y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.

Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo. Esta es a la verdad la más pequeña de todas las semillas, pero cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas.

LAS PARÁBOLAS DE JESÚS

Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado.

Nada bueno jamás ha entrado en el mundo sin oposición, y eso es especialmente cierto en los asuntos espirituales. En este caso, nos enfrentamos no solo a la hostilidad y el estorbo de simples personas como nosotros, sino también a la oposición satánica o demoníaca. Por eso, la Biblia quiere que estemos en guardia contra el diablo que, “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 P. 5:8). La Escritura nos alerta de las “maquinaciones” del diablo. No debe poder sacar ventaja sobre nosotros (2 Co. 2:11).

Puesto que tenemos un enemigo que se opone con tanta fiereza a la extensión del reinado de Dios en la tierra, no debe sorprendernos que el Señor nos prevenga contra sus estratagemas en las parábolas del reino, en Mateo 13. Jesús hace eso muy claramente en la segunda parábola, mostrando cómo el diablo, como el enemigo de cierto agricultor, siembra cizaña en el campo de Dios; es decir, disemina a sus incrédulos entre los creyentes de Dios. Jesús nos previene también en la tercera y cuarta parábola, a mi criterio, aunque allí no da una explicación. Habla de una semilla de mostaza que creció y se convirtió en un árbol grande, y de la levadura que una mujer mezcló con una gran cantidad de masa. Esas parábolas nos ponen en guardia frente a las estrategias que Satanás usa para entorpecer la obra de Dios en esta era de siembra, entre el tiempo de la primera venida de Cristo y su regreso.

PARÁBOLA DE LA CIZAÑA

La primera de estas parábolas es la más fácil de interpretar (aunque tiene algunas partes difíciles), tanto porque gran parte es evidente, como porque el Señor la explica. Los detalles de la parábola misma se dan en los versículos 24-30 de Mateo 13.

Al analizar este pasaje, algunos le han dado mucha importancia a un detalle en la explicación de Cristo, encontrado en el versículo 38. En el versículo anterior, Jesús había dicho que “El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre”, una explicación que sin duda se aplica a la primera parábola también y muestra que todas las parábolas están en cierta medida enlazadas. Luego dice: “El campo es el mundo” (v. 38). Algunos han hecho hincapié en ese punto, arguyendo que si el campo es el mundo, no puede ser la Iglesia. Por tanto, la prohibición de Cristo de tratar de separar la cizaña del grano antes del juicio final *no* se aplica a la disciplina en la Iglesia. Por tanto, la Iglesia, a pesar de la advertencia de Cristo, debe tratar de ser lo más pura posible.

La inquietud que conduce a esa interpretación es válida: la Iglesia debe procurar mantener la pureza. Otros pasajes del Nuevo Testamento nos exigen que luchemos por esa meta. Pero defender esa idea despista la interpretación de la parábola. Para empezar, es imposible aquí hacer una distinción rigurosa entre el mundo y la Iglesia, porque un poco más adelante, Jesús dice que los ángeles arrancarán de *su reino* todo lo que causa pecado y a todos los que hacen mal (v. 41). El reino de Dios no es el mundo en general, así que cualquier interpretación que se fundamente exclusivamente en la frase “el campo es el mundo” es sospechosa.

Enfocando la cuestión desde otro ángulo, ¿para qué serviría que el diablo sembrara hijos “en el mundo” de manera general, si solo quiere decir que los hijos del diablo y los hijos de Dios viven uno al lado del otro? En el mejor de los casos, eso es obvio. Además, si eso es lo que quiere decir Jesús, la parábola ni siquiera expone la situación de la mejor manera posible. Si el campo es el mundo separado de la Iglesia, sería más correcto decir que los hijos del diablo ya están en el mundo y que es Jesús, en vez de Satanás, quien siembra su semilla entre la semilla que ya está creciendo. Sería Jesús el que hace la cosa nueva, y no Satanás. Él está sembrando semilla que ha de convertirse en fruto espiritual en la vida de su pueblo. Pero al contar la historia, Jesús resalta lo que hace *Satanás*, y eso

debe ser después de que Jesús ya ha sembrado su propia semilla. El diablo mezcla cristianos falsos entre los cristianos verdaderos a fin de estorbar la obra de Dios.

Por lo tanto, ese es el verdadero mensaje. En realidad, no viene al caso especificar si el campo es el mundo o la Iglesia. Simplemente, lo importante es que el diablo va a tratar de introducir personas (ya sea dentro de la Iglesia o fuera de ella) tan parecidas a los cristianos verdaderos, pero no cristianas, que ni siquiera los siervos de Dios podrán distinguirlas. Por consiguiente, aunque queremos una Iglesia pura y con toda seguridad practicaremos la disciplina en la Iglesia lo mejor que podamos en casos claros, no debemos pensar que lograremos todo nuestro deseo en esta era. Aun en nuestro ejercicio de disciplina legítima, debemos procurar con toda diligencia no desanimar ni dañar a ninguno de aquellos por quienes Cristo murió.

Encuentro las siguientes aplicaciones de esta parábola:

1. *Si el diablo mezcla su gente entre los cristianos verdaderos, debemos estar atentos a ese hecho.* Debemos estar en guardia para que no nos embauquen, y no nos debe sorprender si la gente del diablo aparece en lugares extraños o si se muestra tal cual es al abandonar completamente el cristianismo. En 2 Corintios, Pablo da justo esa advertencia, señalando que “el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz” y que “no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia” (2 Co. 11:14-15). Por eso, el viejo proverbio: “Si al diablo buscares, mejor que el púlpito no olvides”. Para reiterar, no hemos de sorprendernos si algunos de esta clase finalmente repudian la fe y abandonan la comunión cristiana. Juan también escribió de tales personas: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (1 Jn. 2:19).

2. *La naturaleza mezclada de la asamblea cristiana no debiera ser una excusa para que los incrédulos se nieguen a venir a Cristo.* Jesús no pretendía (y nosotros tampoco debemos hacerlo) que la

Iglesia cristiana fuera perfecta. A veces, los incrédulos dicen: “No soy cristiano porque la iglesia está llena de hipócritas”. Pero esa en sí es una declaración hipócrita. Insinúa que el que la hace es mejor que aquellos a quienes rechaza. En el mejor de los casos, no es toda la verdad: hay razones más profundas por las que la gente no quiere hacerse cristiana. Pero el verdadero problema es que si se satisficiera la objeción (es decir, si se eliminaran completamente la hipocresía y otros pecados entre el pueblo de Dios), ¿ya no habría ningún lugar para el que pone objeciones! Simplemente no encajaría. Hay un lugar para él o ella sólo porque Jesús vino “no... a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (Mt. 9:13).

3. *Nadie debe consolarse con el pecado.* La Iglesia es impura; no siempre podemos distinguir entre el trigo y la cizaña en esta era. Pero viene un día en que se hará esa distinción. La cosecha vendrá. El trigo será almacenado en el granero de Dios, y la cizaña será quemada. Por consiguiente, debemos examinarnos para ver si somos o no verdaderos hijos de Dios. Y debemos tener cuidado de procurar “hacer firme” nuestra “vocación y elección” (2 P. 1:10).

LA SEMILLA DE MOSTAZA Y LA LEVADURA

Las próximas dos parábolas de Cristo (vv. 31-33) van de la mano. Cada una debe ayudarnos a entender la otra, pero de todas las parábolas que Cristo contó, ninguna ha producido interpretaciones tan diametralmente opuestas como estas dos. ¿Cuáles son aquellas interpretaciones variadas? Por una parte, algunos maestros ven estas parábolas como la expansión y el crecimiento del reino, de modo que, con el tiempo, efectivamente llegue a llenarse el mundo entero. Un ejemplo es William M. Taylor, que nos ha dejado un libro excelente sobre las parábolas. Escribe de la historia de la semilla de mostaza:

Un gran resultado de un comienzo pequeño, un crecimiento grande de un germen diminuto: ese es el único concepto de

la parábola, y de ese proceso el Señor declara que el reino del cielo en la tierra es un ejemplo.

De la levadura escribe:

La gran verdad que se ilustra aquí, pues, es que el Señor Jesucristo, por su venida y su trabajo, introdujo a la humanidad un elemento que lleva a cabo en ella un cambio, el cual continuará funcionando hasta que todo se transforme; y en eso se asemeja a la levadura, escondida por una mujer en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado.¹

La mayoría de los posmilenarios y muchos amilenarios adoptan este punto de vista, puesto que encaja con su escatología tener una parábola que hable del triunfo del reino en el mundo antes del regreso de Cristo.

El otro punto de vista lo representa un hombre como Arno C. Gaebelein, quien considera que las parábolas enseñan una expansión burocrática anormal y dañina de la iglesia y de la obra del diablo, quien la mina mediante la inyección del pecado, representado por la levadura. Escribe: “Todas estas parábolas muestran el crecimiento del *mal*, y son profecías que se prolongan durante toda la era en la que vivimos”.²

¿Qué ha de pensar la gente común y corriente acerca de esas dos interpretaciones?

Debemos decir en primer lugar que, sea cual sea nuestra interpretación de las parábolas, hay mucho más acuerdo teológico entre las personas que defienden estos dos lados, que las interpretaciones mismas indicarían. Por cierto, hay un profundo desacuerdo en cuanto a si el reino de Dios va a ser victorioso en esta era. Los

1. William M. Taylor, *The Parables of Our Saviour Expounded and Illustrated* (Nueva York: A. C. Armstrong and Son, 1900), pp. 55, 60-61.

2. Arno C. Gaebelein, *The Gospel of Matthew: An Exposition* (Nueva York: Loizeaux, 1910), p. 292.

posmilenarios dirían que sí. Los premilenarios dirían que no. Pero aun aquí hay cierto acuerdo. Ambos bandos reconocen que los cristianos son enviados al mundo entero con el evangelio: la esencia de la Gran Comisión. Ambos estarían de acuerdo en que, sin duda, ha habido un crecimiento eficaz y asombroso del cristianismo desde sus pequeños comienzos en el tiempo de la muerte de Cristo hasta su posición como una religión mundial dominante hoy.

Mirando nuevamente la parábola de la levadura, cada bando reconocería que, sin duda, el diablo ha sido eficaz al añadir el mal en la Iglesia visible, dañando grandemente la eficacia de esta. Así que podemos comenzar reconociendo que —con la única excepción del desacuerdo sobre si la Iglesia ha de ser victoriosa en el mundo o solo afecta una parte— *casi todos* los argumentos en los que algún intérprete específico insistiría serían aceptados por el otro bando.

Pero tenemos que pensar en las historias de una u otra forma. Puesto que ya he indicado que las agrupo con la parábola que habla de la obra del diablo, permítame dar mis razones por verlas de la manera en que las veo.

En primer lugar, el crecimiento de una semilla de mostaza hasta convertirse en árbol es anormal. Es decir, una semilla de mostaza no se convierte en árbol; se convierte en arbusto. Cualquiera a quien hablara Cristo sabría eso. Así que cuando habló del crecimiento grande e inusual de esta semilla, sus oyentes habrían sido alertados inmediatamente a que algo andaba mal. Si Jesús hubiera deseado hacer hincapié en la interpretación de la “Iglesia victoriosa”, se habría referido a una bellota que crecía hasta convertirse en roble, o a una semilla de cedro que crecía hasta convertirse en uno de los árboles imponentes del Líbano.

En segundo lugar, en el contexto de Mateo 13, las aves, que (en esta parábola) se posan en las ramas del árbol de mostaza (v. 32), ya han sido (en la primera parábola) identificadas como el diablo o los mensajeros del diablo (v. 19). Es cierto que un elemento de una parábola no tiene necesariamente que llevar el mismo significado si se emplea en la próxima, pero sin duda sería extraño si

un elemento que simbolizaba tal maldad al principio del capítulo encerrara un significado totalmente distinto apenas trece versículos después. ¿Quiénes son las aves que hacen nidos en las ramas de la iglesia, si no aquellos a quienes el diablo ha sembrado en la iglesia organizada? Si no son la gente de Satanás, queda sin explicación quiénes son. Por otra parte, si las aves son los seguidores del diablo, hay un vínculo inmediato y obvio con la parábola de la levadura, pues la levadura representaría la misma cosa que las aves del versículo 32. La parábola de la levadura simplemente añadiría la idea de que la presencia del mal está generalizada.

En tercer lugar, en casi todos los casos en el Antiguo Testamento (y en la vida judía actual) la levadura es un símbolo del mal. En las leyes sacrificiales de Israel, quedaba excluida de toda ofrenda al Señor hecha por fuego. En el tiempo de la fiesta de los panes sin levadura, todo judío fiel debía buscar en su casa cualquier rastro de levadura y deshacerse de ella. Eso lo hacen hoy los judíos ortodoxos y simboliza para ellos, como en épocas anteriores, la separación del pecado. Jesús hablaba de la levadura de los fariseos y los saduceos, y la de Herodes, en cada caso con el significado de su influencia malvada (Mt. 16:12; Mr. 8:15). Pablo describía la desviación de la verdad del evangelio como la persuasión de Satanás, añadiendo que los creyentes deben estar prevenidos: “Un poco de levadura leuda toda la masa” (Gá. 5:9; cp. 1 Co. 5:6). Algunos han argumentado que la levadura no es siempre un símbolo del mal, y eso es cierto. A veces es simplemente levadura. Pero cuando tiene un significado simbólico, casi siempre se emplea para representar algo malo en vez de algo bueno. Cuesta ver cómo un símbolo del mal importante y plenamente comprendido podría ser usado por Jesús para representar exactamente lo contrario, es decir, el feliz impacto de su evangelio en el mundo.

Por último, es significativo que estas dos parábolas vayan encerradas entre la del trabajo del diablo de sembrar cizaña entre el trigo (vv. 24-30), y la explicación de Cristo de esa parábola (vv. 36-43). Esta estructura sugiere que no enseñan algo totalmente distinto de la parábola de la cizaña, sino que la amplían.

LA IGLESIA SECULAR

Como cristianos, debemos estar en guardia contra las tácticas de Satanás. Se nos previene no solo contra su inyección de su propia gente en la comunidad cristiana, sino también contra el crecimiento burocrático de la Iglesia visible (lo cual confunde el tamaño y la estructura con el fruto espiritual) y contra la inyección del mal en la vida, incluso, de personas creyentes (lo cual confunde un espíritu cariñoso y perdonador con traición a la causa de Cristo). En otras palabras, hemos de cuidarnos de la iglesia secular y también del secularismo evangélico.

La iglesia secular es dominada por el mundo, como lo es gran parte de la Iglesia contemporánea. Se caracteriza por la sabiduría del mundo, la teología del mundo, las prioridades del mundo y los métodos del mundo. La iglesia evangélica, cuando es secular, procura hacer la obra de Dios a la manera del mundo. Se vale de los medios de comunicación y del dinero, en vez de Dios y su poder, que se desata mediante la oración.

¿Qué puede hacer la iglesia evangélica si descubre que le ha penetrado la “levadura” de las estrategias de Satanás? En circunstancias normales, la levadura que ha comenzado a trabajar no puede ser erradicada. Por eso es una buena representación del mal que estará en la Iglesia y el mundo hasta el regreso del Señor Jesucristo. Pero aunque en la elaboración del pan tendríamos poco éxito si tratáramos de eliminar la levadura de la masa, en la esfera espiritual podemos disfrutar de cierta medida de éxito, por lo menos, en lo que toca a nosotros mismos (y quizá nuestros familiares más cercanos y nuestras iglesias). Pablo les escribe a los corintios: “Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura” (1 Co. 5:7). En Gálatas, donde ha estado hablando de la levadura del legalismo, dice: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gá. 5:1).

Satanás es activo. La levadura de los fariseos funcionará. “Mas

LAS PARÁBOLAS DE JESÚS

gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 15:57). En las próximas parábolas, veremos el carácter divinamente conferido de aquellos que toman el reino y logran esa victoria.